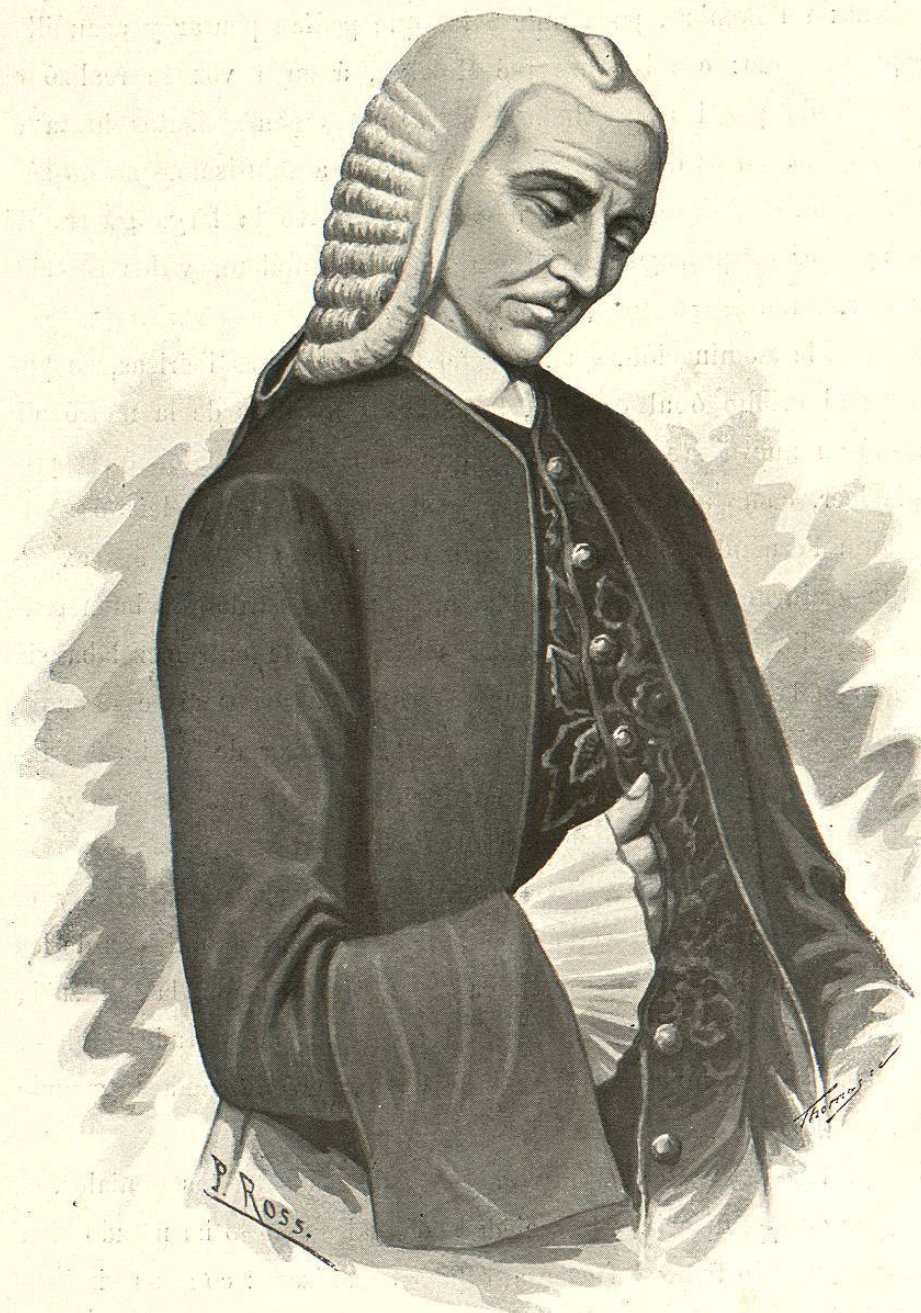


guos privilegios, quisieron á todo trance impedirlo, se colocaron al frente de los insurrectos, y traicionando al gobierno, no traicionaron al viejo régimen, de modo que consumaron la independencia gubernamental el 27 de Septiembre de 1821 y á la par remacharon los desacreditados privilegios.

10. Substituyéronse así á monopolios extranjeros, monopolios mexicanos, y aunque se rompió el antiguo equilibrio, que mantenía en sus posiciones relativas á los elementos étnicos originados por la dominación, esto no los modificó radicalmente; estimuló, por lo contrario, sus connotaciones características. Se avivó así el idiosincrático individualismo, que tanto se advierte en las razas del Sur de Europa como



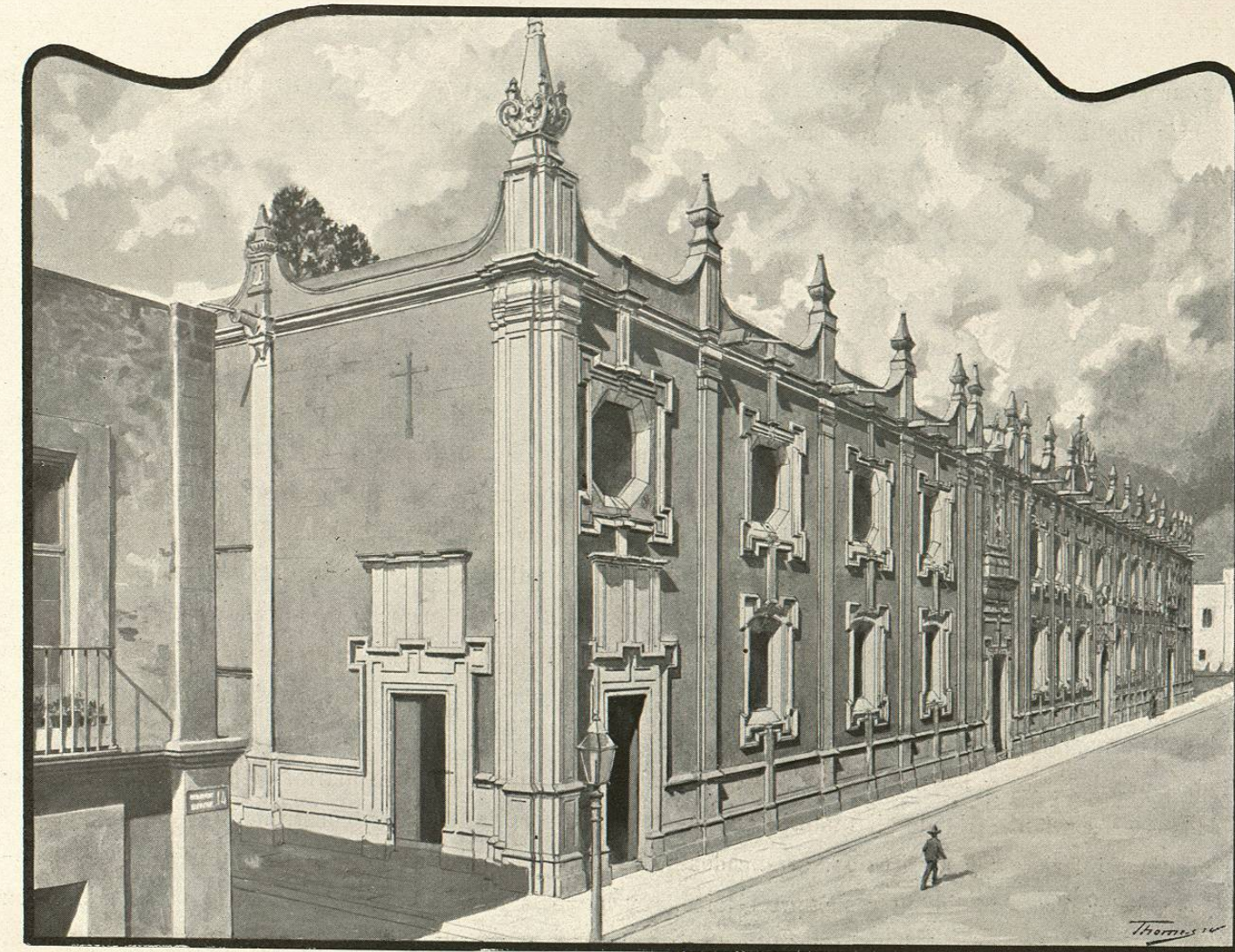
D. Manuel de Aldaco

en los enjambres de sus colonias, y que, aunque muchos afirmen que sólo existe entre los anglo-sajones, se ha revelado en toda la historia americana, ya que el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo se deben casi en su totalidad al tremendo empuje de simples particulares, cuyos descendientes, dotados de insaciable poder adquisitivo y enriquecidos por seculares expoliaciones, siguieron caracterizados por el propio individualismo, que, comprimido por hombres aun más individualistas, los resueltos monarcas españoles, se alzó en armas á menudo durante la dominación, y la volcó por fin cuando traicionó á los reyes tomando como jefe al ex-realista Iturbide, para quebrar el único poder que había sido capaz de domarlo, y entrar ciertamente en una epilepsia de anárquicas ambiciones, pero sin hacer otra cosa que perseverar en su propia naturaleza.

Por su parte, los mestizos superiores, al trocar su situación secundaria por una más elevada, y sentirse aptos, por su inteligencia y su carácter, para los primeros puestos, experimentaron también profundo

desequilibrio, luego que la enorme mano de hierro que pesaba sobre ellos se replegó á través de los mares; pero tampoco se modificaron de un modo intrínseco, pues conservaron, á pesar de fluctuaciones, los grandes ideales que les habían informado en las escuelas. A su vez, la clase anti-social, desde el principio desequilibrada, no hizo más que seguir desequilibrándose por la funesta iniciación de las orgías guerreras y el espejismo de los ascensos, que la estimulaban á gozar del festín de la vida; en tanto que la clase indígena, consecuentemente también con su naturaleza adquirida, en vez de perder con las guerras el sueño de plomo que le había impuesto el despotismo, lo hizo más letárgico, pues las campañas saciaron contra los españoles parte de los inveterados odios que podían espolpear á los indígenas para cambiar de existencia, y concluída la lucha, concluyó también el único excitante capaz de poner de súbito en pie al espectro de la vieja raza dominadora.

en los enjambres de sus colonias, y que, aunque muchos afirmen que sólo existe entre los anglo-sajones, se ha revelado en toda la historia americana, ya que el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo se deben casi en su totalidad al tremendo empuje de simples particulares, cuyos descendientes, dotados de insaciable poder adquisitivo y enriquecidos por seculares expoliaciones, siguieron caracterizados por el propio individualismo, que, comprimido por hombres aun más individualistas, los resueltos monarcas españoles, se alzó en armas á menudo durante la dominación, y la volcó por fin cuando traicionó á los reyes tomando como jefe al ex-realista Iturbide, para quebrar el único poder que había sido capaz de domarlo, y entrar ciertamente en una epilepsia de anárquicas ambiciones, pero sin hacer otra cosa que perseverar en su propia naturaleza.



México. — Fachada principal del Colegio de San Ignacio de Loyola, hoy de la Paz (vulgarmente de las Vizcainas)

CAPÍTULO V

EL INDIVIDUALISMO Y SUS EFECTOS GENERALES SOBRE LA EDUCACIÓN DESPUÉS DE 1821

DE los cuatro elementos étnicos que formó la conquista, dos estaban destinados á entrar en conflicto: el de los españoles y sus descendientes nacidos en el país, y el de los mestizos superiores.

Los españoles y sus descendientes, que, desde el principio de la época colonial, habían vivido del monopolio, tenían que defender esta forma de existencia, y ya hemos dicho cómo, antes que renunciar á sus privilegios, lucharon con la realeza española, independiéndose de ella.

A su vez los mestizos superiores, que en las escuelas y en los libros habían aprendido á ver la libertad y la justicia como el supremo bien, comprendieron, al efectuarse la independencia, que ésta sólo era nominal; que, como antes, un grupo de la población imponía el monopolio de la enseñanza, la religión y la prensa para adueñarse del pensamiento; de la industria, el comercio y el gobierno para disfrutar de las riquezas; y entonces, antes que resignarse á seguir vegetando, se aprestaron á la lucha, para poder trabajar sin trabas é influir en el gobierno, ya con el fin de medrar, ya con el de favorecer el progreso.

Formando sociedades que á menudo fueron logias masónicas, donde se encontraban muchos de los que había unido el internado de los colegios, ó las horas de temor y esperanza de los campamentos, procuraron difundir, como lo hizo *el Pensador mexicano* D. Joaquín Fernández de Lizardi, por conversaciones, discursos, folletos, periódicos y aun ficciones, los ideales de suprema justicia, adquiridos en las escuelas, é

intentaron adueñarse de éstas; pero como cada una de sus tentativas iba á estrellarse en la torre cada vez más hostil de los privilegios, tomaron al fin las armas, iniciando la era sangrienta de las revoluciones, pues, como es natural, el grupo dominador se defendió sin descanso.

Los corifeos de los privilegiados defendían sus ideas, no sólo porque éstas implicaban sus elementos de vida, sino porque se les había enseñado á considerar absolutamente soberana la potestad del clero é involucrados en él la justicia y el bien, de modo que imaginaban la pérdida del poder del mismo como el mayor desastre.

Por su parte los prohombres liberales combatían á los precedentes, tanto por destruir los privilegios que impedían disfrutar de determinados bienes, cuanto porque su espíritu más audaz les había hecho no someterse á la disciplina educativa, que ponía por encima de todo al clero como entidad sagrada, y les había impulsado á construir metafísicamente un ideal de justicia superior al clero mismo. La fórmula del gobierno se condensaba para los privilegiados en la conservación incólume del viejo régimen, en tanto que para los liberales se reducía á la concesión de todas las libertades y su equilibrio entre los individuos.

2. Ambos grupos perdían, sin embargo, su coherencia porque en su seno surgían conciliadores que, sin contentar á nadie, debilitaban á todos, y porque el individualismo anárquico, desbordado en la guerra de independencia é insuflando ambiciones, hacía que se cruzaran, con las de los patriotas, miras mezquinas de lucro puramente personal.

Los privilegiados y los no privilegiados, los ambiciosos, que suscitaban diarios disturbios, y los patriotas, todos se servían de la ductil materia que encontraban para las guerras, constituida por los indígenas y los mestizos inferiores: los primeros, arrancados sobre todo á las faenas del campo, morían en las batallas, con valor á veces sublime y siempre estoico, revelando la misma bravura y la rigurosa subordinación que en parte debían aún á la educación azteca; pero no comprendiendo de qué parte estaba la justicia, servían á unos como á otros, convertidos en simples máquinas de muerte.

A su vez, la multitud de desarrapados sin cuna, que de las ciudades había pasado á los campos, extendiendo la lepra de la inmoralidad, concluía, ó por morir como los indígenas, ó por descollar, gracias á su indomable bravura, en los improvisados ejércitos, ó por organizar cuadrillas de bandoleros disfrazados de revolucionarios.

3. Fácil es comprender que las revueltas, cuyo único origen fué el individualismo codicioso, sólo duraban lo que las afortunadas energías de sus caudillos; en cambio, las debidas á la reivindicación de derechos, sofocados por injustos monopolios, tenían que reproducirse cuanto tiempo subsistieran éstos.

El primer medio de destruirlos que podía imaginarse consistía en expulsar á los antiguos privilegiados, los españoles: se hizo así en 1828 y se disminuyeron sus capitales y sus fuerzas; pero los privilegios quedaron en pie, encarnados en el alto clero y en los ricos, que se habían adherido al antiguo régimen, creyendo poder vivir sólo á su sombra.

Exacerbados los ánimos con la expulsión, la lucha tenía que volverse más ruda, y era lógico idear, como segundo medio de destruir los privilegios, quitar al clero los caudales que aprovechaban en defenderlos.

Podía hacerse: derecho tiene la sociedad para nacionalizar los bienes cuyo uso ha permitido á las personas morales, creadas y modificadas por ella misma en las condiciones que le place; pero los privilegiados poseían poder inmenso, y audaces tentativas, efectuadas en 1833 para corregir las iniquidades, hubieron de aplazarse después largos años.

4. Entretanto el individualismo, más imperioso porque el gobierno era menos sólido, producía innumerables efectos políticos, que reaccionaban sobre la educación: el mayor consistió en que el país se desorganizaba al ir alternativamente del sistema que quería condensarlo todo en la ciudad de México, al que procuraba diseminar tantos centros como importantes ciudades hubiera. El primer gobierno no había tenido decisión bastante para sofocar despóticamente las revueltas, y los ulteriores, más raquíticos porque sacaban su substancia de un país esquilado por el desorden, tenían que sucumbir con mayor facilidad.

El individualismo desbordado y el debilitamiento gubernativo debían facilitar el predominio de las

tendencias federales, que á mayor número de ambiciosos podía satisfacer; producir así innumerables cacicazgos; quebrar al país en países enemigos como Texas y México, y fragmentar las grandes divisiones administrativas de la nación en otras pequeñas; pero á la par tenían que debilitar los privilegios, minados ya por el desmoronamiento de las riquezas que los sustentaban y por el descrédito que cae sobre instituciones muchas veces heridas.

Esta desorganización reaccionaba fatalmente sobre la enseñanza: los establecimientos fundados ó sostenidos por el clero, decayeron como el clero mismo, que, por varios años después de la independencia, careció de jefes, ya que el más alto, que debía ser el arzobispo D. Pedro Fonte, ido á Europa, sólo procuraba galvanizar el cadáver de la dominación española, y, ya que faltaron totalmente los obispos, ó por no aceptar la autonomía de México ó por otras causas, al grado de que, para recibir las órdenes, los estudiantes tenían que emprender dilatado viaje hasta Nueva-Orleáns. Aun muchos curatos estuvieron acéfalos, y como los más inteligentes pastores de la Iglesia casi no se ocupaban sino en la política, las aulas de los seminarios fueron menos concurridas y menos apertos sus educadores.

Las misiones, antaño tan útiles en pueblos indígenas, degeneraron también, porque el fervor se había enfriado, hasta ser preciso que, desde la época colonial y cada vez con peor penuria, los gobiernos las sostuvieran. En cambio, tan sólidos eran los capitales de las restantes instituciones fundadas por la particular iniciativa, que resistieron

largo tiempo. Decayeron, sin embargo, no sólo por las guerras, sino porque sus caudales empezaron á venir á manos del Gobierno desde el tiempo de la dominación, y aunque éste reconociera intereses, no pudo pagarlos casi nunca.

Por otra parte, debilitado ya el entusiasmo religioso y vista la inseguridad general, la mayoría de los conventos perdieron todo deseo de establecer, ó se encontraron en la imposibilidad de fundar las escuelas que por recomendaciones pontificias debían erigir. Otras instituciones se cerraron, como, en 1829, la casa de expósitos, abierta de nuevo bien pronto, dado el aumento de infanticidios, y como también, en breve tiempo, la Academia de Bellas Artes, reinstalada por la munificencia de dignatarios del clero de Puebla. En esta degeneración, agravada porque muchos individuos, capaces de regir hábilmente las cátedras, preferían lanzarse al torbellino de la política, las grandes escuelas se sentían á veces abandonadas y acudían al Gobierno para pedirle la dirección y el apoyo pecuniario, en otro tiempo no necesitados, pues



D. Manuel Tolsa